

Leyendas históricas mexicanas

Heriberto Frías

La encuadernación de la obra se halla en perfecto estado. El texto es legible en su totalidad y su tipografía es de estilo Courier redonda. El papel amarillento por el paso de 120 años no parece de gran calidad, pero su estado es inmejorable. Sin obstar la aparente economía de éste, la edición luce lujosa y bien cuidada. La portadilla es visualmente notable, ostenta el título en letra capitular, sombreado y ornamentado por bellas viñetas. En la página contigua se incluye una carta, fechada el 14 de marzo de 1899, en la que Heriberto Frías autoriza a los hermanos Maucci tirar una edición de sus *Leyendas*, ya que popularizarían esos “bellos episodios” que sólo conocen los sabios y los arqueólogos y los pondrían “al alcance de todas las inteligencias”. Cada uno de los relatos que conforman la compilación es precedido por una ilustración alusiva al relato histórico en cuestión. Es evidente el empleo de un arte sofisticado en la impresión del volumen, pese a que los grabados son de factura un tanto *naïve*. Después del índice, el libro anuncia la colección El Parnaso Mexicano —publicada por los Maucci— entre la que se contaban títulos como *Poesías escogidas* de Juan de Dios Peza, *Obras* de Manuel Acuña y *Poesías* de Antonio Plaza. De igual forma, la casa catalana anunciaba sus novedades editoriales; como la novela *Tomóchic*, del propio Heriberto Frías, *Los misterios de Marsella* de Émile Zola, *El capitán Dreyfus* de Debray y Sempau, así como *Escenas de la vida bohemia* de Murger. La editorial Maucci había sido fundada en Barcelona, en 1892, por Emanuele —del mismo apellido—, nacido en la Toscana a mediados del siglo XIX. Este impresor italiano había aprendido el oficio en Buenos Aires, 20 años atrás y, en la Ciudad de México, se había asociado con los hermanos Terrés; poseía también una sucursal en la capital española. Sus ediciones se habían popularizado en el mundo hispánico con precios

sumamente accesibles y formatos de bolsillo.¹ El catálogo de Maucci en México contaba con títulos tan relevantes como *Las glorias de México. Musa épica. Cantos a la patria y Poesías escogidas. Monólogos y cantos a la patria y a sus héroes*, de Juan de Dios Peza; las novelas *El sol de mayo* y *Los Insurgentes*, de Juan A. Mateos; así como *Poesías, artículos y pensamientos sueltos* y *Álbum del corazón*, de Antonio Plaza.

Las Leyendas históricas mexicanas abren su colección con “La profecía de Tenoch”, con su respectiva letra capitular y una litografía en miniatura. Tanto a esta narración como a la de “La muerte de Chimalpopoca”, las antecedentes epígrafes tomados de capítulos de *México a través de los siglos*. En este sentido, es posible afirmar que ambas leyendas constituyen dos de las primeras obras de ficción literaria sustentadas en estudios arqueológicos serios sobre nuestro pasado prehispánico. La obra narrativa de Heriberto Frías se inicia con su crónica *Tomóchic*, publicada en el periódico *El Demócrata*, en 1893, en la que relata los terribles hechos ocurridos en la población chihuahuense homónima un par de años atrás. Desde entonces, Frías se erige en un periodista destacado en publicaciones como *El Mundo Ilustrado*, *El Combate*, *El Imparcial* y *Revista Moderna*. Entre 1899 y 1901, colabora en la Biblioteca del Niño Mexicano, así como publica los *Episodios militares mexicanos* (1901). Tres lustros después —en 1915— aparece su novela *Los piratas del boulevard* y, tres años más adelante, *La vida de Juan soldado*. En este orden de ideas, es de observarse que las *Leyendas históricas* ocupan un lugar sui generis en la vida y obra de Frías. Es motivo de admiración el que un militar y periodista, por causas fortuitas, cercano a la dipsomanía, haya llegado a erigirse en una de las figuras de la prensa combativa durante el periodo más álgido de la dictadura porfiriana y en uno de los narradores más prominentes de su tiempo. Dentro de los registros de su obra narrativa, desde la crónica literaria como testimonio histórico hasta un ácido cultivo de la crítica social, las *Leyendas históricas mexicanas* constituyen quizá un hito oportuno en la evolución del escritor

¹ Véase Manuel Llanas, “Notes sobre l’editorial Maucci i los seves traduccions”, *Quaderns. Revista de traducció* 8 (2002): 14-16.

queretano, para honrar el primer altar de la patria. Toda vez que se trata del momento más pertinente para pergeñar ficciones a partir de los primeros conocimientos sólidos sobre el pasado prehispánico y virreinal de nuestro país, Heriberto Frías lleva a cabo esta serie de relatos dotando de espesor histórico y dimensión humana a aquellas entelequias soterradas en el tiempo y —de esta forma— contribuye a consolidar los cimientos culturales de la nación.

En cuanto al contenido de las *Leyendas*, “La profecía de Tenoch” introduce y transfigura al lector en un azteca, en la tortuosa llegada de la tribu al Valle del Anáhuac; con todas las vicisitudes y tribulaciones que implicó “La fundación de Tenochtitlan”, con la venganza bélica y ascenso de los mexicas entre sus enemigos y la señal enviada por su dios Huitzilopochtli. En “Un sueño de Ahuízotl” se narra el reinado del tlatoani, entre sacrificios masivos de pueblos hostiles y con la maldición de la inolada princesa Roca Florida. En “Cihuacóatl”, este alto señor de la guerra considera pusilánime al tecuhtli Tizoc —taciturno y laberíntico—, ya que éste deplora entregarse a la guerra florida y sueña con la ominosa profecía de una raza más poderosa que vencerá a los mexicas. El lector tiene ocasión de conocer, entre las dignidades bélicas cuauhtli y océlotl, la superioridad estamental del águila sobre la humildad del tigre. En “Las dos pirámides”, el señor Huitzilíhuitl ejerce una tremenda vindicta contra la poderosa alianza de los pueblos del Valle quienes, a su vez, la ejecutan sobre los mexicas, en la que se dice que arde el huey teocalli en medio del lago. “El último tributo” habla de la acérrima rivalidad entre Azcapotzalco y Texcoco, así como del pasmoso surgimiento de Tenochtitlan, y de cómo —mediante una gran habilidad diplomática— la hija de Huitzilíhuitl embriaga al temible tecuhtli Tezozómoc y gana su favor, dando inicio a la Triple Alianza. En “La desgracia de Tizoc”, los hijos del tlatoani parten a la conquista de Huaxaca, al tiempo que una anciana adivina zapoteca profetiza que éstos no volverán, que la ruina de los mexicas provendrá del Oriente y será la vuelta de Quetzalcóatl. “Una tristeza de Moctezuma” es su fatal enamoramiento de una princesa xalisca, quien lo rechaza y prefiere la autoinmolación al regio favor. “El paraíso guerrero” es con el que éste sueña al imaginarse yaciendo junto a la mujer del tlatoani, nefanda

traición que le gana —en mísero trueque— el infierno rojo y negro del Mictlán. En “El flechador del cielo” se narra la muerte de Itzcóatl, enorme caudillo y aliado del rey poeta Netzahualcóyotl. Al ser entronizado entonces Moctezuma Ilhuicamina, llamado Flechador del Cielo, con este motivo se suceden ingentes sacrificios de cautivos que parecen provocar nevadas e inundaciones en el Anáhuac, y que representan el peor presagio en el pensamiento mágico del pueblo. La segunda parte de la obra la constituyen los “Cuentos históricos nacionales”. Entre éstos se encuentra “La enamorada de Cuauhtémoc”, quien es la bordadora Mencía, del séquito de Hernán Cortés, joven andaluza en la que anida un amor inocente y obnubilado por la majestad caída del último tlatoani, torturado y escarnecido. “Amor de esclavos” narra la génesis de una tierna pasión que surge entre la princesa purépecha Tzintzán y el guerrero nahua Huehuélotl, en medio de las intrigas y asesinatos en el palacio coyoacanense de Cortés, a su partida a la expedición de las Hibueras. En “El ermitaño errante”, Mencía es ya monja de edad proveya que, en el lecho mortuorio, narra a su confesor la grandeza y las crueldades de su señor Cortés, quien —enfermo de gravedad en España— recibe la visita del Ermitaño Errante (el mismo religioso). Al ser atormentado por sus pecados, el conquistador promete dedicar el resto de su vida a combatir a los tiranos de su nueva patria. Finalmente, en “La maravilla de la Conversión”, Frías se manifiesta sobre el aspecto que más se exaltaba como benéfico de la Conquista, el de la prevalencia de la cruz por encima de la espada. Escribe el queretano: “Los buenos y nobles odores de la segunda Audiencia, a la que tantos bienes debió la Nueva España, dulcificaron la suerte de aquellos antes salvajes, dándoles tierras feraces donde hubieron de vivir tranquilos al amparo y sombra de la Cruz, símbolo de la redención... ¡Ellos pudieron decir a sus hijos: Cedimos a la cruz, ¡no a la espada!”.² De esta forma, el autor de las *Leyendas* —hombre de su tiempo, al fin— confirmaba lo que ya Lucas Alamán, medio siglo atrás, había considerado la única posibilidad de cohesión para la débil e incipiente nacionalidad mexicana: la unidad en el cristianismo; al tiempo que Frías enviaba un involuntario y poderoso mensaje

² Heriberto Frías, “La maravilla de la Conversión. Cuentos históricos nacionales”, en *Leyendas históricas mexicanas*, Biblioteca Mexicana (México: Maucci Hnos., 1899), 312.

al régimen: la decisión política de Díaz al transigir con la jerarquía eclesiástica representaba un absoluto y rotundo acierto.

Por cuanto hace a los tomos de *México a través de los siglos*, la primera obra histórica y arqueológica fundamental —primera adversaria del indianismo idílico y simplificador— para los autores nacionales que, en el siglo XIX, pretendían escribir sobre el pasado prehispánico, Adriana Sandoval escribe:

Esta tendencia a ubicar las raíces mexicanas en el pasado prehispánico, seguiría adelante durante el siglo XIX, y una de sus más claras expresiones se da en 1884, con los cinco tomos de *México a través de los siglos* —el primero de los cuales estuvo dedicado a las culturas prehispánicas, de la pluma de Alfredo Chavero. Este abogado fue uno de los primeros autores en hacer una síntesis sobre los antiguos mexicanos. Los tomos se redactaron bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, quien además escribió el tomo relativo al virreinato.

La investigadora hace referencia a la obliteración institucional que dominó la retórica liberal y republicana sobre el pasado virreinal, en una transposición ideológica en la que éste era equiparado a la oligarquía hispánica del bando conservador y monarquista. Chavero, uno de los sabios bibliógrafos de la época, fue el encargado de dejar allí la impronta de la grandeza de los ancestros precolombinos, mientras que Riva Palacio —en su revisión de los archivos inquisitoriales— tomó gran ventaja para denostar la vida pública durante los tres siglos novohispanos. En consecuencia, la importancia de las *Leyendas históricas mexicanas* radica en una ficcionalización —por primera vez objetiva— de los episodios más notables de nuestra historia más remota, así como en una revaloración espontánea y novedosa de los capítulos virreinales, en los que se apela a la bondad intrínseca de los dominadores originarios. Acaso con ello, Frías —en un paralelismo histórico— apelara a la buena voluntad de un gobierno autoritario, clasista y europeizante, no obstante, emanado de la Reforma, en el que la amnistía y la reconciliación que él anhelaba dependía de

la figura de un caudillo fuerte y magnánimo, quizá esbozando un símil entre Porfirio Díaz y Hernán Cortés.

Francisco Mercado

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

Bibliografía · mínima
IA Conquista
y la Consumación
IA Independencia
PATRIMONIO DOCUMENTAL EN LOS CENTENARIOS DEL 2021